

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Abril de 2020

COVID-19, ESPAÑA-20

1. En el marco de la crisis global provocada por la pandemia COVID-19, España afronta una situación que exige el esfuerzo solidario de toda la sociedad y la suma de iniciativas y contribuciones de las fuerzas políticas. Fiel a su razón de ser, el **Círculo Cívico de Opinión**, que nació en el otoño de 2011 en medio de otra encrucijada crítica de la reciente historia de la democracia española, quiere con este documento hacer una primera aportación, poniendo el foco en la gestión de la crisis en su dimensión sanitaria, mientras elabora otros documentos que abordarán la crisis desde distintos ángulos de observación: histórico, científico, económico y político-constitucional.
2. A escala mundial, la pandemia, aunque no fuera descartable o inesperable según las repetidas advertencias de científicos y personalidades de relieve internacional, ha sorprendido tanto por la rapidez de su transmisión como por la gravedad de sus efectos.

La gestión que se ha hecho de tal emergencia hace difícil eludir el término fracaso. Tardanza de la mayoría de los especialistas —virólogos y epidemiólogos— en evaluar la inmensa capacidad de expansión del virus y en definir con claridad la estrategia más adecuada de las políticas de salud pública (un ejemplo: las contradictorias recomendaciones de los informes del Imperial College de Londres y de la Universidad de

Oxford). Por su parte, la OMS se limitó a calificarlo como pandemia el 12 de marzo pasado, sin ser capaz de generar unos protocolos concretos de actuación, y ni tan siquiera de dar instrucciones para contabilizar de modo homogéneo qué está pasando en unos y otros países. Otro tanto puede decirse del G20. Y también de Naciones Unidas.

3. A escala de la Unión Europea, y sin dejar el plano estrictamente sanitario, tampoco el balance es mejor. La UE, sin tener competencias sobre salud, sí está dotada de la capacidad para reaccionar coordinando las políticas de los diferentes Estados que la integran. Y eso es lo que no ha hecho. La excusa burocrática no vale en esta situación. A los ciudadanos no nos satisface que nos digan que vayamos a otra ventanilla, que esa no es la correcta. Una pandemia es un fenómeno global, y si la UE no está preparada defrauda la confianza en ella depositada. El modo como la UE ha abordado la crisis sanitaria ha sido más bien un sálvese quien pueda, con cierres de fronteras aleatorios e, incluso, con retenciones y requisas de material sanitario vital. La peor soberanía de los Estados ha aflorado con toda fuerza arrasando la solidaridad

européa. La UE podría haber organizado provisión de material sanitario, dotado de recursos humanos a los países en peores condiciones y un largo etcétera. Pero lo que ha hecho ha sido poco, tarde y bastantes veces mal: ¿estamos juntos, de verdad?

4. Al nivel de los distintos Estados, la nota, aunque desigual, sigue siendo mala. Muchos de los de mayor tamaño (China y Estados Unidos, a la cabeza, pero también Reino Unido, Alemania, Francia, Italia...) no han sabido tomar medidas a tiempo para evitar o aminsonar sustancialmente la tragedia. La rápida y eficaz reacción en algunos países asiáticos como Corea del Sur o Taiwán, que ya contaban con experiencia en estas cuestiones porque tuvieron que enfrentarse a las crisis de la gripe aviar y del SARS, lejos de servir de ejemplo favoreció un relajamiento de los mecanismos de defensa. A ello hay que añadir también una información inicial poco realista por parte de la mayoría de los medios de comunicación, poniendo el énfasis más en el miedo al miedo que en los posibles efectos de la pandemia.

5. La gestión política de la emergencia sanitaria en España no se aparta de las líneas generales de

ese guion, aunque tiene sus propios componentes negativos. También aquí, por lo pronto, ha habido negligencia (entendida como descuido o falta de aplicación) en su abordaje, en lo tardío de las primeras actuaciones, en no tener dispuestos los suministros mínimamente necesarios. Junto a ello, incompetencia: desorganización, decisiones contradictorias, adquisiciones fallidas, fiasco del *mando único*, información confusa, que sigue, y un rehuir inicialmente el control parlamentario, restringiendo a la vez la capacidad de los medios de comunicación para obtener información.

A lo que hay que sumar las perniciosas consecuencias de un triple hecho que nos es peculiar:

Primero, las abiertas costuras de la articulación del Estado autonómico y la resistencia de las dos principales CC. AA. históricas, Cataluña y País Vasco, a ceder competencias en la dirección de las medidas de la política sanitaria en sus respectivos territorios, con el resultado final de 17 batallas simultáneas, pero no coordinadas, contra el coronavirus.

Segundo, un Gobierno que no ha podido disimular importantes divisiones internas, con el

resultado de retrasar decisiones y anunciar líneas de actuación contradictorias.

Tercero, un escenario político dominado por la estrategia de confrontación ente los principales partidos y donde prima el cortoplacismo y la conveniencia de parte por encima del interés general, con el resultado de trasladar a la opinión pública un permanente enfrentamiento empobrecedor, con el que gobierno y oposición tratan de extraer beneficios electorales por graves que sean los problemas planteados. Como en anteriores coyunturas críticas de la democracia española (23F, 11M, 2008-2013, octubre de 2017), la emergencia actual se ha desplegado en medio del cainismo ínsito a nuestra política nacional. Ni ha habido interlocución directa y frecuente entre los líderes, ni menos una mesa política de gestión de la crisis.

En el balance final que cabe hacer hasta la fecha, nadie podrá evitar una partida fatal: España sufre las más altas tasas de mortalidad en proporción a la población total y la más alta tasa de contagios y muertes entre el personal sanitario. Dos mazazos crueles. Afir-marlo no puede tomarse como ánimo de culpar o como intento de politización. Es reconocer lo

evidente y ayudar a corregir errores.

6. La proyección hacia el exterior de tal gestión se traduce en daño de la reputación como país y depreciación de la *marca España*, con su trascendencia para una economía con tan altos niveles de apertura como la nuestra, más allá de su indiscutible condición de potencia turística mundial.

Hacia adentro —y para subrayar lo ya dicho— la crisis ha radiografiado algunas de nuestras deficiencias o disfunciones de orden político e institucional. Lo sucedido en la relación entre Administraciones es paradigmático. La descoordinación inicial obliga a que cobre protagonismo un Ministerio como el de Sanidad, que hasta ahora era semidecorativo y, por tanto, carente de los recursos necesarios, tanto económicos como organizativos, para hacer frente a una crisis de estas proporciones. En otros países también con Estados compuestos y de gran tradición federalista, como Alemania, por ejemplo, se produjeron algunos desajustes iniciales derivados precisamente de esa delegación de competencias en los *Länder*, que enseguida se supieron sortear sin importar el color político de quienes estuvieran en sus diferentes

gobiernos. Aquí ha sido al contrario: la lealtad hacia el Estado, con algunas excepciones muy destacables, como la de Núñez Feijóo en Galicia o Martínez-Almeida en el Ayuntamiento de Madrid, ha estado siempre en función de los intereses de los partidos de turno. Y en muchas Comunidades Autónomas, muy en particular en Madrid y Cataluña, se ha aprovechado la coyuntura para eludir las propias responsabilidades por una gestión sanitaria con importantes debilidades estructurales (¿quién es responsable de las residencias de ancianos o de carecer del material sanitario indispensable?). Esto saca a la luz la dificultad de un efectivo y desapasionado rendimiento de cuentas, algo que habrá de hacerse en su momento.

7. La sociedad sí ha estado a la altura de las circunstancias, la ciudadanía de la España democrática sí ha respondido. Si la crisis es un test de responsabilidad individual y de solidaridad (con esa dimensión superior que es la generosidad), la nota alcanzada es la superior. La falta de medios se ha suplido y se sigue supliendo entre el personal sanitario con profesionalidad y entrega más que admirables. Será difícil olvidar la gesta que ahí se está escribiendo. Sobresaliente es también

la actuación de quienes atienden otros servicios públicos esenciales. Como de las unidades militares que han debido ser movilizadas. Comportamientos ejemplares. Como el del conjunto de ciudadanos que ha sufrido con entereza y autodisciplina las renuncias y los sacrificios que imponen las medidas de confinamiento y restricción de movilidad.

Y habrá siempre que destacar el papel crucial de las mujeres en el combate contra el coronavirus y el manejo de la crisis: son muy mayoritarias en el sector sanitario, y dentro de los hogares (espacios de confinamiento) han tenido y tienen un protagonismo indiscutible.

Como no dejar de reconocer asimismo las numerosas iniciativas solidarias de empresas grandes, medianas y pequeñas, bien asumiendo el cierre de la respectiva actividad, bien manteniendo en condiciones precarias la producción; ya readaptando líneas de fabricación, ya haciendo significativas donaciones y también recorriendo altas retribuciones, en una demostración de que ellas también son parte de la sociedad civil y sensibles a las contingencias colectivas.

Excelente comportamiento, en suma, de una sociedad que probablemente tiene hoy por eso mejor imagen de sí misma, a la vez que califica más rigurosamente la actitud de sus representantes políticos. Sobran datos que así lo atestiguan.

8. Algo similar revelan las encuestas cuando se trata de mirar hacia adelante: el 92 % de la población española desea un gran pacto nacional para salir de esta crisis, pero solo un 29 % lo ve como probable (barómetro de *Metroscopia* 8 de abril del 2020). El divorcio entre las aspiraciones de la ciudadanía y la actitud de sus representantes políticos es más que flagrante. Con un añadido que lo convierte además en verdaderamente doloroso: hablamos de una ciudadanía —repitémoslo— sujeta a un confinamiento masivo, angustiada por su futuro económico y laboral, y unida como una piña a aquellos sectores que más se están sacrificando por hacer frente a la crisis sanitaria o por mantener vivas las prestaciones y actividades indispensables.
9. Con independencia de la propuesta que se formula en el siguiente punto, el **Círculo Cívico de Opinión** considera como

irrenunciables cuatro principios en la gobernanza de la situación:

- Es preciso dar prioridad a los dictados y recomendaciones de la comunidad científica y de los profesionales sanitarios, poniendo a su disposición con la mayor diligencia los medios necesarios.
- La asunción de poderes excepcionales por parte del ejecutivo le obliga a un permanente rendimiento de cuentas a los grupos parlamentarios, administraciones territoriales y agentes sociales e instituciones en general, primando la transparencia y la búsqueda de consenso.
- El riguroso cumplimiento de la Constitución para contar con la debida seguridad jurídica que requieren estos momentos excepcionales. Cualquier otra opción sería desastrosa para nuestro régimen democrático.
- El Gobierno y su presidente deben eludir cualquier acción que se interprete como un aprovechamiento de su privilegiada posición a consecuencia del estado de emergencia nacional, legislando sobre cuestiones colaterales de dudosa justificación que afecten a los intereses generales de la nación, o que impliquen la utilización partidaria de los

medios de comunicación públicos y privados.

10. Como medio y vía para afrontar la crisis en todas sus dimensiones (sanitaria, social, económica y política) el **Círculo Cívico de Opinión** propone un **Gran Acuerdo Nacional**, firmado por los principales partidos políticos y refrendado por los agentes sociales más representativos.

¿Cómo concebirlo? Una doble consideración debe servir de punto de partida. Primera: el pacto de reconstrucción nacional entre agentes políticos y sociales no es un aval al Gobierno por la gestión que viene realizando de esta crisis. No es esa la forma de pedir y abrir un pacto. Segunda: de manera más o menos explícita, el proceso de un pacto de reconstrucción requiere compartir un balance mínimo sobre las principales consecuencias de esta crisis y sobre las acciones más urgentes —en el muy corto plazo— y las más convenientes —en un plazo medio—. Ese balance debe concebirse no como una nómina de errores para repartir entre sus responsables, sino como el imprescindible aprendizaje colectivo con el que abordar las prioridades y las acciones de ese pacto de reconstrucción.

Este documento quiere contribuir precisamente en esa dirección. Tres condiciones parecen necesarias para hacer factible dicho pacto:

- Despolitizar la crisis, aparcando la ideología como lente principal (difícil será, desde luego, para quien solo está en condiciones de aportar ideología).
- Crear un clima de acercamiento y confianza mutua, gestos y actitudes, pequeños pasos en busca de coincidencias, empezando por determinar las materias objeto del pacto. Acordar no es un *acto*, sino un *proceso* que se nutre de propuestas y maneras de compartirlas.
- Considerar el acuerdo como *bien democrático*, un modo de alcanzar antes y mejor objetivos de interés general.

Para ganar credibilidad, la iniciativa del Gobierno necesita completarse con un primer documento que, cuando menos, esboce objetivos y medidas, calendario y agenda de realización.

La secuencia de la primera parte del pacto podría ser la siguiente:

- a) Salvaguardar la urgencia sanitaria y la protección de los grupos

con riesgo más alto de contagio: personal sanitario y las personas mayores que viven en residencias. Lo más urgente de todo es atender a los más necesitados, mejorando los recursos y coordinando las acciones destinadas a la mejor protección de esos dos grupos.

- b) Pautar el final del confinamiento social y el escalonado retorno de las actividades suspendidas. Es obvio que el criterio científico-sanitario tiene que ser el principal filtro de esas decisiones. Pero conviene de todo punto que los agentes sociales y políticos sean también escuchados en la toma de decisiones de tal envergadura. La improvisación en esa etapa puede tener consecuencias aún más negativas que la improvisación en el inicio de la crisis. Mucha y buena pedagogía social en este punto será imprescindible.

- c) Adopción de medidas que compensen a la población más perjudicada, pues la crisis no ha tratado a todos por igual: en la dimensión sanitaria, las diferencias por grupos de edad son, como es bien sabido, muy importantes; en la dimensión económica, la principal línea de división la marca la procedencia de los ingresos: los que perciben ingresos del Estado (empleados públicos: 2,5 millo-

nes; pensionistas: 9 millones) se encuentran en mucha mejor situación que quienes los perciben del sector privado. Tales desigualdades deberían tenerse muy en cuenta en el discurso público y a la hora de diseñar la recuperación y los mecanismos de protección (sanitaria y económica) ante el posible rebrote de la pandemia.

- d) Simultáneamente, evitar al máximo la desaparición de empresas: cuanto más tejido productivo se destruya, más difícil será la recuperación del empleo y la renta. Si no vuelven a crecer la actividad productiva y, con ello, los ingresos públicos, se hará imposible compensar duraderamente a los más damnificados.
- e) Convocar mesas sectoriales integradas por expertos de diferentes materias y grupos de la sociedad civil, cuyo concurso pudiera favorecer tanto una mayor implicación social como una mejor atención a las necesidades.
- f) En paralelo debe presentarse a la Unión Europea una estrategia cooperativa para la recuperación de la salud y la economía españolas con el refrendo mayoritario alcanzado. Cuanto mayor sea la

unidad interna, tanto más eficaz será también nuestra capacidad para elevar demandas a la UE.

* * *

El Círculo Cívico de Opinión hace finalmente un llamamiento para aprovechar la crisis como oportunidad: la oportunidad de situar en el centro de las preocupaciones y los deberes de los políticos y de la sociedad civil el problema más importante de la España democrática de nuestros días: la falta de un *proyecto nacional* a largo plazo, que contemple el papel de España a escala global y señale objetivos ambiciosos y compartidos en un mundo que, en muchos aspectos, ya no volverá a ser igual al que la pandemia ha señalado un antes y un después.

